



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

7 de abril de 1888

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL

MADRID



EL REGALO DE ELENA



## MERENGUE

**L**E apodaban así sus amigos, los granujillas, porque tenía un corazón sensible y bondadoso.

En momentos de ternura, en él muy frecuentes, daba hasta la camisa; pero, como no tenía camisa, daba en cambio generosamente cuantas colillas y céntimos venían á sus manos.

Merengue no tenía más nombre que su apodo, ni otro hogar que la calle, y por única familia los transeúntes que le daban limosnas ó pescozones, según eran los méritos que hacía ó el humor de las personas con quienes tropezaba.

La noche del 5 de enero de no recuerdo qué año, fué memorable para Merengue.

Había ido á esperar los Reyes con unos cuantos borrachos de quienes se rió y burló graciosamente.

A la una de la madrugada, con un frío de mil demonios y sin más capital que una pieza de cinco céntimos, se encontró solo en Recoletos, sin saber dónde iría á pasar la noche.

Afortunadamente el lugar en que se hallaba le trajo á la memoria que cerca del hipódromo se construía á la sazón un magnífico hotel de cuya obra era guarda el Sr. Pepe, hombre ya viejo y muy amigo suyo, quien no le había negado nunca, en sus aficciones, un pedazo de pan con que engañar el hambre, un rincón donde dormir y fuego para calentar su flaco y aterido cuerpo.

Allá se dirigió con paso tranquilo, seguro de su alojamiento, silbando con mucho arte una canción de moda y husmeando á derecha é izquierda por lo que pudiera ocurrir.

Ya en la mitad del camino, se detuvo sorprendido frente á una casa de vecindad, en cuyo piso bajo, y entre la reja de hierro que cubría el vano de la ventana, vió reflejarse con vivos destellos la luz del farol inmediato.

Merengue se echó la gorra hacia adelante, se rascó el cogote y exclamó varias veces y en diferentes tonos:

—¡Córcholis!... ¡Córcholis!... ¡Recórcholis!... ¿Qué será eso que reluce?

Se acercó de puntillas, se asió á las barras, se elevó de un brinco, y pronto tuvo entre sus manos un par de botitas de raso blanco con diminutos botones esféricos de nácar.

—¡Toma!—exclamó.—¡Si son las botas de un pituso que las ha puesto al aire libre para que le echen algo los Reyes Magos!

Y ¡qué bonitas eran! ¡Tenían puntillas de encaje, borlas y cordones de seda, punteras al pespunte, taconcitos dorados y suelas nuevas y limpias!

Merengue, que era un Voltaire sin saberlo, se sintió conmovido ante aque-





DE VUELTA AL ESTABLO



lla confianza infantil en lo ignorado, y, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón, sacó la pieza de cinco céntimos, la depositó en una de las botas y se encaramó para colocarlas de nuevo en su sitio.

Absorto en esta tarea, y cuando ya iba á ultimarla, sintió que le agarraban brutalmente por el pescuezo, arreándole un par de cachetes de padre y muy señor mío.

—¡Granuja! ¡Ladrón! ¡Pillete!

Era la pareja de orden público, que le cogía *in fraganti*, con las piernas al aire y las botitas en las manos.

—Yo no soy ladrón: soy un Rey Mago que reparte sus tesoros entre los chicos.

En vano insistió en sus buenos propósitos: la pareja, implacable como la ley que representaba, se atuvo á los hechos, y, después de tomar nota de las señas de la casa y embolsarse el cuerpo del delito para proceder al sumario de la causa, le llevaron á la Prevención, dando á Merengue, con algún que otro puntapié, esta consoladora profecía:

—¡Ya tienes cárcel para tiempo!

VICENTE COLORADO





## LA PRIMAVERA

(Á MI QUERIDO SOBRINO JUANITO MOLINAS)

**H**AY asuntos que indispensablemente deben pintarse á la aguada, sobre todo cuantos se relacionan con la presente estación, muy alegre y ponderada, pero tan varia y lluviosa que raro es el día que no nos vemos obligados á tender los paraguas ó á enfundarnos en los chubas queros. Bien lo reza el refrán: *En abril lluvias mil*; y, contra lo que por lo regular acontece, el refrán acierta en esta ocasión. De aquí que, si en vez de ir á la pluma fuese al pincel, el presente cuadro te lo ofrecería á la acuarela: estaría más en carácter, y es preciso ajustarse siempre á la verdad.

Los albores de la primavera



Lo que hizo Federico

coinciden siempre con la resurrección del Señor. Cuando la vida vuelve á la vida, la Naturaleza renace á su vez: rompe la una las frías losas de un sepulcro, en tanto que la otra raja y quebranta las heladas capas de la tierra que el crudo invierno desoló.

Han cesado los fríos, y el sol espléndido del mediodía inunda con sus centelleantes fulgores la azulada inmensidad del firmamento. Sobre la verde



hierba que, como afelpado crespón, circunda las *corbeilles* y *parterres* de nuestros parques y jardines, se alzan tímidas, pero con elegante gallardía, las primeras flores que han conseguido romper la yema que las aprisionaba. Son junquillos de varios matices, alegres francesillas, nevadas margaritas, encendidos claveles y pensamientos de varios colores, que se apresuran á salir á la vida para hermosear las unas la primavera, y prestarle las otras la fragante esencia de sus perfumes.

Encerradas en sus palacios de cristales, las camelias nacen exuberantes de belleza y disponiéndose á reinar sobre todas las demás flores, sus hermanas. Si el martirio eleva y enaltece, no se les puede disputar á las camelias la alta distinción á que aspiran: apenas nacen, se las hiere cruelmente, un fino alambre desgarrá sus delicados tejidos, y, unida siempre á él, insensible á su dolor, se conservan hermosas y lozanas, haciéndose de esta suerte superiores á la adversidad de su destino.



Las bolsas de las abejas

Pronto la mariposa romperá su crisálida y alegrará el brillante cuadro de la Naturaleza con su maravillosa aparición. Insecto sutil y elegante, tímido y osado á la par, que lleva en sus transparentes alas una paleta de vivísimos colores, es el adorno más preciado, la principal ornamentación de la primavera. La mariposa ama todo lo bello: adora el luminar del día, le deleitan los perfumes y siente delirante vértigo ante las flores, que solícitas le ofrecen el néctar que

guardan en sus corolas para sustentarla y trasmitirle con sus esencias toda la belleza de sus matices. Por eso llega á todas con igual amor, revolotea en caprichosos giros, pasa de una á otra, desaparece y vuelve á aparecer, hasta que en su alocada carrera muere en manos de un niño ó de un sabio, que son sus implacables perseguidores: los unos porque, formando parte de la trinidad más bella de la Naturaleza (niños, pájaros y flores), consideran á las mariposas como diminuto y movable juguete creado para su solaz; y los otros porque, dominados por su afán analítico, creen prestar un gran servicio á las ciencias atravesando el débil cuerpo del pobre insecto alado con un alfiler enumerado de su museo ó estudio.

La ciencia ha sido siempre muy útil, pero muy cruel.

La flor característica de la primavera es la violeta. En rigor debía colocarla en primer término; pero, por no desmentir su ponderada modestia, le he reservado expresamente el último. Además, el Evangelio dice: *Los últimos serán los primeros*. Sea, pues, entre las flores, la *primera la última*. La verdad es que la modestia de tales florecillas es, á todas luces, asaz discutible. Una flor que se oculta, pero que á la legua proclama su escondite; una flor que disputó al laurel sagrado de Atenas la gloria de coronar á los héroes; que ha dado famosa celebridad á infinitos jardines, y es el primer elemento del bullicioso carnaval de Niza; la que ha dado su color á nobles distintivos y es el preferido por los príncipes y altas dignidades de la iglesia; una flor que no tiene la constancia de vestir siempre igual, ya que así aparece blanca como violeta, gris como azul; una flor de tales condiciones, mal puede hermanarse con la verdadera, la auténtica modestia: en todo caso será modesta de *origen*; pero, en cuanto nace á la vida y deja su escondite de follaje para



entrar en el mundo, olvida por completo su pasado y comparte con las flores más orgullosas el imperio de la moda, que encuentra siempre su cuna en la más refinada vanidad.

Ella se exhibe y aparece por doquier; jamás se la ve unida con flores modestas y vulgares, con esas que, por ser las primeras de la estación, con tanto afán son buscadas. Nada tan injustificado como separar de sus tallos á esas flores tempranas por la torpe vanidad de poseerlas. Ninguna instalación tan bella puede ofrecérseles como la propia planta que las sustenta. Cuando el sol canicular las amenaza, entonces sí que separarlas de su centro de vida es plausible generosidad.

Las primeras sonrisas y alegrías del niño, son siempre para su madre. Las primeras galas de la primavera no debemos disputárselas á la Naturaleza.

ANTONIA OPISSO



Las bolsas de las abejas

## CHITO

(A MI SOBRINO FERNANDO)

Si lo hubieseis visto, tengo por seguro que no hubiera sido de vuestro agrado aquel perrillo mestizo, con manchas color canela, rabón y sin orejas, flaco y extenuado de puro hambriento, que atendía por el nombre de *Chito*, y se le consideraba como un estorbo en casa del tío Candela, uno de los labradores más ricos de cierto pueblecillo de Andalucía, cuyo nombre no hace al caso.

Chito, á más de feo, era desgraciado. ¡Pobre animalillo! ¡No había puntapié de gañán, varazo de arriero, ni pedrada de chiquillo mal intencionado, que no fuese á parar á sus molidas costillas! Y cuenta que Chito no era un perro ladrador ni aficionado á hacer mal á nadie; y, si en muchas ocasiones se vengó de sus enemigos, lo hizo lamiendo la mano del que injustamente le castigaba. De esto podía dar fe su amigo León, un mastín de pura raza, blanco, corpulento, con una boca enorme, roja, húmeda, poblada de afilados dien-



tes, que enseñaba siempre gruñendo á los que osaban pasar á cualquier hora por el cortijo del tío Candela; cosa por la que había adquirido cierta fama de bravo y fiero que lo hacía el más temido de los mastines en diez leguas á la redonda. Pero bien sabía Chito, aunque se lo tenía muy llamado, que su compañero León, con sus ladridos estridentes y su aire de perdonavidas, era cobarde, pero muy cobarde, como lo son todos los bravucones. Eso sí; ¡para León eran las caricias y los mejores mendrugos, y para Chito andaba siempre la pítanza escasa y no se perdía golpe en el cortijo que no lo encontrase él!

Una vez notaron algunos vecinos de aquel pueblecillo que las aves de sus corrales desaparecían sin saber por dónde, hoy unas, mañana otras, sin que ellos pudieran darse cuenta de cuál pudiera ser la causa de aquello; y con frecuencia se oían diálogos como el siguiente:

—Vecina: ¿ha visto V. por ahí mi gallinita negra?

—No, señora, no la he visto; y, mire V., esta mañana he corrido todo el pueblo en busca de dos de mis pollos, ¡que parece se los ha tragado la tierra!

—¡Pues es bastante extraño! A la *señá* Rita también se le han perdido dos gallinas, y tres á la mujer del herrador... ¡Hija, si esto parece cosa de maleficio!

—Yo creo que no hay tal cosa, vecina, y me figuro que lo que hay son rateros; y no me gusta levantar falsos testimonios, pero tengo mis sospechas y hasta juraría que uno de los tales es...

—¿Quién, vecina?

—Pues ¿quién ha de ser? ¡El hijo de la tía Coscoja, que es de los más finos!... Si bien lo dice el refrán: *De tal palo tal astilla*.

—¡Ya se ve que sí!... ¡Y no puede ser otro!...

¡Ay! ¡Lástima de mi gallinita negra para que se regale con ella esa bruja! ¡Verá V. la que se va á armar en cuanto le eche yo la vista encima á ese hijo de mala madre!

Pero estaban muy equivocadas las buenas mujeres: ni el hijo de la Coscoja ni Currillo el gitano, que eran allí los más aficionados á lo ajeno, tenían parte en aquellos hurtos. Como no hay cosa mala que permanezca ignorada mucho tiempo, se supo después que quien tales destrozos causaba en el averío de corral era una condenada zorra á la que nadie podía dar caza por más que se la acechaba y se ponían trampas ingeniosamente hechas para cogerla.

Chito fué uno de los perros que primero la vieron, aunque á larga distancia, porque iba, la muy ladina, corriendo con su presa por aquellos campos, como alma que lleva el diablo; y, por más que la siguió, era tal la oscuridad de la noche, que pronto la perdió de vista.

Pero ¡qué destrozos hacía la tragona de la zorra! Para ella eran las mejores gallinas y los pollos más tiernos; y ¡es claro! engordaba que era un contento, porque, cuando llegó de no se sabe dónde á los cercanos cerros del pueblo, venía en los puros huesos y con unas ganitas de comer atroces.

Casi siempre, al llegar la noche, bajaba ella deslizándose, más que andando, con ese paso cauteloso del ladrón, atento el oído á los menores murmullos, estirado el pescuezo y moviendo el agudo hocico. Si oía el *quiquiriquí* de algún vigilante gallo, se estremecía de gusto, como si dijera para su pellejo:—¡A ese cantante me lo ceno yo esta noche!



Las bolsas de las abejas



Un día, á eso de la madrugada, rondaban Chito y León por el cortijo de su amo. Andaban los perros de acá para allá, cuando sintieron algo como aleos y graznidos en el corral. Dirigióse Chito á aquel sitio, agazapóse en unas matas que había junto á las tapias y prestó atento oído, mientras León hacía la rosca y se tendía á dormir en un montón de hierba seca.

—No hay duda,—debió pensar Chito;—el ladrón está dentro y no tiene más salida que esta.

Y, en efecto, de allí á poco rato sintió que alguien gateaba del lado allá de la tapia, y después vió caer junto á él un bulto, en el que recono-



Ramo de rosas

ció á la zorra, que levantóse ligera sin soltar el gallo que traía cogido por la cabeza, y se dispuso á marchar; pero Chito, ligero como una ardilla, dió un salto é hizo presa en el peludo pescuezo de ella, que, al sentir aquellos dientes, trató de desasirse sacudiéndose, sin que le fuese posible conseguirlo, pues



cuantos más esfuerzos hacía, tanto más apretaba Chito, que parecía decirle: —¡Suelta, suelta, ladrona, el gallo de mi amo, ó te ahogo!

Se despertó León, y, no atreviéndose á hacer otra cosa, empezó á ladrar desesperadamente. Salió en esto, de la casa, el tío Candela, armado de escopeta, y, al ver á Chito en aquel apuro, disparó sobre la zorra un tiro tan certero que la hizo rodar por tierra moribunda. Entonces el valiente Chito fué á echarse á los pies de su amo, que estaba asombrado de ver que aquel animalillo, á quien todos juzgaban inútil y cobarde, los había librado de un temible enemigo.

Desde entonces el tío Candela se ha convencido de que el humilde, aunque sea mucha su fealdad, merece siempre consideración y aprecio; pues ni el valor ni la bondad tienen ninguna relación con la hermosura del cuerpo.

ANTONIO FERNÁNDEZ NAVARRO



## —\* NUESTROS GRABADOS \*

### EL REGALO DE ELENA

—Mañana será el día de mi cumpleaños,—dijo Elena, saltando detrás de Pepito cuando éste iba á ver las vacas.

—¿Y te alegras?—preguntó el muchacho.

—¡Ya lo creo!—contestó Elena.—Todos me harán algún regalo, deseándome que pase un buen día; y, por su parte, mamá ha confeccionado una torta muy grande, con mis iniciales en azúcar.

Cuando los dos niños llegaron á la orilla del torrente, Elena se detuvo para contemplar el agua, donde nadaban algunos pececillos de brillantes escamas y sólo de dos pulgadas de longitud.

Pepito quería mucho á la niña, y ayudábala á pasar por todos los sitios peligrosos: una vez mató una culebra que se cruzaba en su paso, y Elena juzgó que su compañero era muy valeroso.

Pepito deseaba hacerle un regalo, pero no tenía nada, ni siquiera cuartos suficientes para comprar una muñeca; mas de pronto ocurrióle un pensamiento.

Á la mañana siguiente se levantó muy temprano, dirigióse al torrente, y comenzó á pescar con una seda y un alfiler doblado en la punta, eligiendo solamente los peces más pequeños, los cuales puso en una botella y se la llevó á Elena.

—Quería darte alguna cosa,—le dijo,—y aquí te traigo esto, y te enseñaré cómo debes cuidar los pececillos.

La niña quedó muy agradecida; y, después de darle las más expresivas gracias, regalóle, en cambio, un pedazo de torta.



## DE VUELTA AL ESTABLO

¡Tilín! ¡Tilín! La campanilla suena cada vez más próxima. Es que mi querida vaca vuelve al establo después de pacer en la pradera. Allí come con gusto la fresca y perfumada yerba, y después apaga su sed en el cristalino arroyuelo. Después vaga á la fresca sombra de los árboles, aspirando la brisa embalsamada del bosque; pero cuando el día comienza á declinar, mi vaca vuelve á su establo presurosa, sin necesidad de que se la llame, y su campanilla me anuncia su llegada.

## LO QUE HIZO FEDERICO

—Debías ir á ver al peluquero para que te arreglase un poco,—dijo la niña Teresa á su hermanito Federico;—pues con ese cabello revuelto y enredado no te se ven casi ni los ojos ni las orejas.

Federico sonrió sin enfadarse; pero pensó luego que tal vez su hermanita tendría razón y, sentándose delante de un espejo, cogió las tijeras de su mamá y comenzó á cortarse el cabello. Muy pronto se rapó todo un lado de la cabeza; pero en el mismo instante llamaron á los niños para merendar, y cuando los demás vieron la cabeza de Federico, todos soltaron la carcajada, incluso la mamá, que mejor hubiera deseado reconvenir al niño por lo que había hecho exponiéndose á inferirse algún daño con las tijeras.

## LAS BOLSAS DE LAS ABEJAS

Las abejas son unos insectos muy curiosos y los más útiles entre los que vuelan. Apenas miden una pulgada de longitud, y, sin embargo, sus trabajos son maravillosos, de lo cual tenemos una prueba en la miel y la cera que para el hombre fabrican. Conocen también todas las flores de nuestros jardines, presagian el estado del tiempo, y las hembras son sumamente cariñosas con su progenie. Ignoro si sabréis, hijos míos, cómo buscan sus materiales cuando se disponen á fabricar la miel; pero voy á deciroslo ahora. Las abejas tienen unos pelitos puntiagudos en la cabeza; los que revisten las piernas, son de color amarillo y fáciles de reconocer á la simple vista; endurecen pronto, y forman como una especie de peinecillo, del cual se sirve el insecto para recoger y almacenar el polen de las flores.

Además de esto, las abejas están provistas de una especie de bolsitas en sus extremidades anteriores, semejantes á las que necesitaríamos nosotros para el mismo objeto.

Ahora os diré lo que hacen con estos órganos. Primeramente introducen su cabeza en el corazón de la rosa, ó de la lila, ó de cualquiera otra flor que pueda contener el néctar apetecido; y al proceder así cúbrese del polvo amarillento llamado *polen*. Después, sirviéndose de sus extremidades anteriores, la desalojan cuidadosamente del pelo, trasládalo á las extremidades centrales y luego á las posteriores; pudiendo, entonces, guardarlo en las bolsitas de que antes os hablé. Cuando tienen suficiente carga, vuelan á la colmena y depositanla en sitio seguro.

Una parte del polen sirve de alimento á la progenie, y la otra se convierte en cera, la cual sirve para fabricar las celdillas.

Las abejas son tan industriosas que les bastan cinco días para llenar la colmena de panales.

En cuanto á la cera, tiene muchas aplicaciones. Cuando las niñas miran sus muñecas, no deben olvidar que las deben realmente á las abejas.

Mucho más podría decirse de estos industriosos insectos; pero vosotros mismos podréis aprender mucho si durante el verano observáis con atención una colmena y los trabajos de sus habitantes.

## RAMO DE ROSAS

Rogelio estaba enfermo, y lo bastante para tener muy mal humor. Sus libros, llenos de estampas, se habían caído de la cama; sus juguetes estaban arrinconados, y el chico lloraba. La mamá le leía unos cuentos, pero divertíale poco la lectura; y entonces aquélla le dijo que le referiría una verdadera historia sobre la *Misión para los enfermos*.

—Unas amables señoras,—le dijo,—encontráronse en una reunión, y se convinieron en



llevar frutas, flores y otras cosas buenas á los que estuviesen enfermos: hombres, mujeres y niños.

Rogelio se interesó cuando su mamá decía esto, y, después de reflexionar unos momentos, replicó:

—Yo también quisiera enviar el ramo de rosas que tengo en un jarro.

—Puedes hacerlo si quieres,—dijo la mamá;—y ahora mismo escribiré una cartita al efecto.

Rogelio consintió con gusto, y su mamá escribió la carta anunciando el envío de las flores.



Pura y la crema de nieve

Tres días después el cartero trajo la contestación, que estaba concebida en los siguientes términos:

«Querido niño: Estoy cojo y no puedo andar; y, como mi madre es lavandera, me quedo solo todo el día, lo cual me hace llorar; pero desde que he recibido el ramo de rosas paso el día contemplándolo, y su vista me consuela. A mi madre le ha gustado también mucho. Ella no sabe escribir, pero yo sí, y por esto me apresuro á darle las gracias por su regalo.

»Yo espero que estas rosas no se marchitarán; mas, si muriesen, creo que aun secas conservarían su virtud.

»Su amiga,

»*María.*»

Cuando la madre concluyó la lectura de esta carta, Rogelio quedó muy satisfecho, y á los pocos días quiso enviar algunas flores más á la niña María, pues siempre se acordaba de la *Misión para los enfermos*.

### PURA Y LA CREMA DE NIEVE

El hermano mayor de Pura, Pedro, ofreció á ésta llevarla todos los sábados á buscar crema de nieve si se peinaba bien durante toda la semana.



La niña lo hizo así, pero se le olvidó una vez la crema de nieve. Pura y su hermano se dirigían al sitio donde estaba, y la niña se alarmó al oír en la calle un ruido extraño muy cerca de ellos. Miró á su alrededor, y vió dos muchachos con una ardilla: el uno acababa de atar una cuerda en la pata del pobre animal, y el otro golpeaba con una varita á la ardilla, haciéndose los dos la ilusión de que conducían un caballo.

Pedro dijo á los muchachos que dejaran libre á la ardilla, pero rehusaron rotundamente; y entonces Pura preguntó si querían venderla, á lo cual contestaron afirmativamente y pidiendo veinticinco céntimos por el animalito.

—Si compras la ardilla, Pura,—le dijo Pedro,—no podrás tener la crema de nieve, pues sólo llevo veinticinco céntimos en el bolsillo.

—No importa: compra la ardilla,—contestó Pura.—Ya pasaremos sin la crema.

Pedro compró el animal y se lo dió á la niña. Después fueron al bosque: Pedro cortó el cordel atado en la pata, y Pura dejó en libertad á la ardilla, con lo cual quedó tan satisfecha como podía estarlo el animal, aunque no tenía la crema de nieve.

### LA EXCURSIÓN DE TURCO

Sentado estaba el perro Turco á la puerta de su casa, donde le dejó su amo encargándole la quietud hasta que volviese. Turco fué bueno al principio; tanto que, habiendo visto pasar cerca de él tres ó cuatro gatos, no quiso acometerlos y se limitó á ladrar; pero de

pronto llegó la hermana de su amo, en una carretela, con su niña Clotilde, la cual quería mucho al perro, y le llamó, haciéndole entrar, al fin, en el coche. Turco quedó muy contento por aquella deferencia, y enroscaba su cola orgullosamente.

Al llegar á cierta calle, el vehiculo se detuvo, la señora bajó dejando la portezuela abierta, y el perro saltó también; pero, en vez de seguirla, comenzó á correr por la calle de un lado á otro, como si quisiera lucir su collar nuevo. La señora comenzó á perseguirle para cogerle, pero no podía alcanzar al fugitivo, que al fin se introdujo en una carnicería. En el mismo instante, el perro del dueño, que era un enorme dogo, se precipitó contra Turco; y seguramente le habria destrozado á no ser por la oportuna llegada de la madre de Clotilde, quien rogó al carnicero detuviese su dogo. Hizolo así el hombre, y, á la verdad, muy á tiempo, porque tenía ya la piel muy cerca de los dientes de su enemigo.

Cuando Turco llegó á casa, sano y salvo, su amo le reprendió, aunque con bondad; y el animal pareció comprenderlo tan bien, que no volvió á salir ya nunca sin el permiso de su amo.



Pura y la crema de nieve



## LA FAMILIA HONRADA

*(Continuación)*

—Fortuna será para vos, hija mía, que yo llegue á pasar este día; puesto que, si vivo algunas horas más, seréis el más rico partido de todo el condado. Quiero demostrar á todo el mundo que mi fortuna es mía y que soy dueña de hacer de ella lo que se me antoje. Id vos misma á Monmouth, hijita, así que me hayáis rizado el gorro, y traedme al procurador en cuya casa trabaja vuestro hermano, á fin de que levante acta de mis últimas disposiciones. No digáis palabra de vuestro encargo á ninguno de mis parientes. Os conjuro á que me obedezcáis en interés vuestro y para mi tranquilidad. Esos tunantes os harían pedazos, pero yo les haré entender que soy libre de hacer lo que me plazca con mi dinero. Es la única satisfacción que puede caberme antes de morir. ¡Sabe Dios cuantos disgustos no me ha ocasionado en vida ese dinero maldito! Pero ahora voy á morir...

—¡Ah, señora!—exclamó Paulina.—No habléis de moriros: nunca habéis tenido tan clara la voz como ahora; nunca me ha parecido mejor vuestra salud desde hace mucho tiempo. Podéis vivir, viviréis, espero, y veréis qué dichosos días vais á pasar, me atrevo á decirlo, con vuestros parientes. Harán que retorne la alegría á vuestro corazón, porque persuadida estoy de que están cons ternados por haberos ofendido.

—¡Está loca esta chica!—exclamó la Sra. Crumper.—¡Cómo! ¿No me comprendéis, pues? Os lo dije tan claramente como es posible: quiero dejaros toda mi fortuna. ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Por qué palidecéis de esta manera?

—Porque yo, señora, no tengo intención de perjudicar á nadie, y por nada del mundo quisiera hacerme con lo que corresponde legítimamente á vuestros parientes. Puedo vivir, como lo he hecho hasta el presente, sin fortuna, pero no sin la estimación de mí misma, ni la buena opinión de mi padre, de mis hermanos y de mi hermana; y la perdería, á buen seguro, si me hiciese culpable de una falta de delicadeza. Ya lo veis, señora,—añadió Paulina;—he tenido el atrevimiento de deciros todo mi pensamiento: espero ahora que no me inferiréis la injuria de obligarme á aceptar este favor, pero no por eso creáis que deje de estaros menos agradecida por las bondades que me atestiguáis.

Al acabar de hablar Paulina, volvióse para no dejar ver lo emocionada que estaba.

—Sois una muchacha singular,—dijo la Sra. Crumper.—Jamás habría creído semejante cosa á no haberla visto con mis propios ojos. Id á buscar al procurador, como os he mandado. Quiero acabar pronto.

Al llegar á casa del Sr. Barlow, Paulina pidió por su hermano Francisco, al cual deseaba consultar; pero había salido. Entonces se dirigió al Sr. Barlow, que le hizo entrar en su gabinete. Refirióle toda la cuestión con el tono sencillo é ingenuo de la verdad.

—Verdaderamente, señor,—dijo ella,—dáríame yo por muy contenta si pudieseis venir en seguida á hablar con mi señora. Quizá escuchará lo que le digáis y se mostrará más justa para con su familia. No quiero nada de su fortuna: sólo pido la simple remuneración de mis servicios. En cuanto á sus parientes, les perdono todo el mal que me desean: su odio contra mí procede tan solamente de una equivocación.

Cuando Paulina entró en el gabinete del Sr. Barlow, un forastero, sentado



delante de la mesa escritorio, escribía una carta. Tomóle ella por uno de los pasantes, pero mientras hablaba volvióse muchas veces y le miró con mucha atención. Dirigióse por fin á uno de los escribientes, que estaba registrando unas carpetas, y le preguntó quién era aquella joven. Después se puso á escribir de nuevo sin pronunciar palabra.

Era el Sr. Josué Crumper, el comerciante de Liverpool y sobrino aguado de la señora Crumper, que se había trasladado á Monmouth en virtud del aviso que recibiera sobre el estado de salud de su tía. El Sr. Barlow



La excursión  
de Turco

acababa de terminar amigablemente un proceso entre él y unos parientes de Monmouth, y el señor Crumper firmaba el acta relativa á este asunto. La conducta desinteresada de Paulina interesóle vivamente, pero guardó silencio para que ella no pudiese descubrir quién era. Prometiéndose, sin embargo, no olvidarse de ella cuando

llegase la ocasión de hacerle justicia. No era uno de esos cuervos que, para emplear la expresión de la Sra. Crumper, se dejaban caer alrededor de ella, impacientes de su muerte: había sabido adquirir, con su habilidad, fortuna é independencia.

(Se continuará)



## SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS Y EJERCICIOS DEL NÚMERO ANTERIOR

## Fuga de consonantes

Estando cortando piñas  
en el pinar del amor,  
se me cayó un pino encima  
y me partió el corazón.

## Cuadrado

Czár  
Zorra  
Arroz  
Raza

## Tercio de sílabas

Conchita  
Chinela  
Tálamo

## Rompecabezas

Antonio  
Enrique  
Artemio  
Pacomio  
Domingo  
Eusebio  
Mariano

## Rombo

P  
P a z  
J o r g e s  
P a r e d e s  
P e d r o  
T e r  
S

## Charadas

Recorte  
Pentecostés

## PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

## CUADRADO

.....  
.....  
.....  
.....  
.....

Sustituir los puntos con letras, de modo que se lea:  
1.ª línea vertical y horizontal, una ciudad; 2.ª, isla en el Mediterráneo; 3.ª, tejidos; 4.ª, adverbio; 5.ª, apellido de un poeta romano.

MARIA FIGUEROA

## INTRÍNGULIS

Formar, con una letra del alfabeto griego, un artículo y un nombre de mujer, el de una ciencia.

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

## LOGOGRAFOS NUMÉRICOS

- 1 2 3 4 5 6 7 8 = Nombre de varón.  
2 7 5 2 7 6 8 = Un mueble.  
1 2 5 4 3 2 = Prenda de vestir.  
5 2 7 4 2 = Nombre de mujer.  
7 8 1 2 = Un pedrusco.  
5 2 7 = Extensión.  
1 2 = Una letra.  
7 = Consonante.

ANTONIO HERNÁNDEZ

- 1 2 3 4 5 = Ciudad muy importante.  
1 2 3 2 = Preposición.  
4 3 2 = Pecado capital.  
5 4 = Nota musical.  
2 = Vocal.

JOSÉ MAS Y DEL RIBERO

## CRİPTOGRAFÍAS

a a e i f o o o u r r r s h m p n t g

Formar con estas veinte letras el nombre de una nación.

ENRIQUE MOLINAS

a a d e e f l n n n o o r s t

Con estas letras formar el nombre de un santo.

MAGDALENA CABRERA

Las soluciones en el número próximo

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACIÓN:** Mannel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.